

MILROY, Lesley, *Language and Social Networks*, Basil Blackwell, Oxford, 1980.

En *Language and Social Networks*, Lesley Milroy aborda el estudio de la variación lingüística y su función social al interior de tres comunidades de obreros no calificados en la ciudad de Belfast. Guía su interés la presencia y al mantenimiento del habla vernacular, aquella que surge en la comunicación informal y espontánea como manifestación de identidad.

Si bien el libro se ubica en el paradigma de las investigaciones de los últimos años sobre el comportamiento lingüístico en el medio urbano, no es una contribución reiterativa de modelos conocidos. La autora ciertamente recupera experiencias anteriores pero sostiene un diálogo crítico con ellas para situar la justa medida de su contribución al estudio de la variabilidad lingüística y, paralelamente, reorganizar instrumentos alternativos de observación y análisis. La noción de *red social*, que ya otros sociolingüistas han tomado prestada de la antropología social, es el componente nuclear de este trabajo que propone contextualizar las complejas interacciones de los grupos urbanos en redes sociales y comunicativas. Dichas redes promueven el intercambio de bienes y servicios entre los miembros de un grupo y tanto les otorgan derechos como les imponen obligaciones.

Desde el primer capítulo se percibe la direccionalidad que se va a dar al tratamiento del dato sociolingüístico en este texto. En una primera instancia Milroy cuestiona la visión lineal del continuo social estilístico, en cuyo extremo inferior aparece el vernáculo y en el superior, el dialecto estándar, el cual ejerce una irremediable fuerza de atracción sobre los hablantes. En la segunda, traslada el problema lengua-clase al de lengua-comunidad, que permite observar y analizar más adecuadamente la realidad objetiva e intersubjetiva de las redes sociales. En los dos capítulos siguientes Milroy plantea las restricciones a las que se enfrenta el investigador de campo que intenta aproximarse a la escala de usos del lenguaje de una comunidad y examinar los posibles instrumentos que le permitirán obtener patrones de comunicación cotidiana. La autora acepta que la entrevista en gran escala tiene una importante representatividad estadística pero indica que no ofrece acceso al repertorio lingüístico que se produce y reproduce dentro de las normas y valores comunitarios.

Por esta razón Milroy se inclina por el modelo de grupos, ya experimentado en otros estudios del estilo vernacular, el cual es conciliable con el principio etnográfico en que se sostiene la noción de red social. Este modelo establece una distinción entre miembros internos y externos de una comunidad, lo cual permite señalar, con cierta precisión, el papel que en su interior puede tener el investigador.

La definición objetiva de la comunidad o comunidades en estudio se lleva a cabo con el auxilio de una dimensión estructural de la red social, su *densidad*. Esta dimensión da cuenta de los lazos que mantienen unos con otros los miembros de una comunidad y es alta en la medida en que las personas relacionadas con una persona en particular (ego) se relacionen entre sí. La mayor parte de estas relaciones personales conforman conglomerados (*clusters*) de mayor densidad interna, como pueden ser el parentesco o la ocupación.

Ahora bien, no es posible atribuirles el mismo contenido al vínculo que conecta a una persona con un familiar cercano y al que la conecta con su patrón porque cada uno afecta de manera diferente la interacción comunicativa. El contenido de los vínculos constituye, por lo tanto, una dimensión discreta de la red social, pero es menos sistematizable, dificultad que Milroy advierte. Propone sin embargo un aspecto susceptible de recibir un tratamiento porcentual: el de la *pluralidad de vínculos (multiplexity)*, que por razones de orden operativo debe tratar con contenidos limitados y claramente especificados; en este estudio son el parentesco, la vecindad, la ocupación y la amistad.

Las categorías mencionadas permiten ubicar el lugar del investigador dentro de la red social y minimizar los efectos de su observación sobre la comunicación cotidiana del grupo. Milroy define su propio papel como el de un contacto de segundo orden que corresponde al del *amigo de un amigo*. Acercarse como tal al grupo llena dos funciones: por una parte, ofrece lo que la autora define como "garantía de buena fe", que es un salvoconducto indispensable dentro de las fronteras de comunidades cuya densidad es alta y presenta pluralidad de vínculos. Por otra parte, permite entrar en la trama de derechos y obligaciones así como participar de los bienes y servicios que los miembros de primer orden son capaces de proveer. El amigo de un amigo puede asimismo conservar y hacer patente su carácter de investigador sin con ello violar las normas interaccionales locales. Esta doble membresía tiene la ventaja de ofrecer acceso a estilos de habla variados y además abre la brecha inicial al análisis de los datos que, de acuerdo con sus rasgos discursivos, se agrupan en dos clases surgidas del *status* dual del investigador: el *estilo de entrevista (1s)* y los *estilos espontáneos (ss)*.

En este punto Milroy asienta una precisión importante sobre el estilo vernacular, en el sentido de que aunque goza de una definición teórica, en el marco de la sociolingüística no es realmente accesible al investigador.

La autora acepta, sin embargo, que su investigación de campo le ha permitido el acceso a una gama de estilos casuales muy cercanos al vernacular que se han manifestado en el contexto de una red social que contiene un volumen significativo, de conocimientos compartidos entre sus miembros, así como de intercambio social.

En el cuarto capítulo va al encuentro de los datos etnográficos que tienen repercusión en la red social y causan diferencias lingüísticas, aun en comunidades cuyo *status* es relativamente homogéneo. Las que conforman su estudio comparten la pérdida del poder adquisitivo y la falta de oportunidades de movilidad social que van unidas a un marcado confinamiento territorial. Bajo estas circunstancias sus miembros comparten valores de *solidaridad* que los distinguen del resto de la corriente urbana móvil. La presentación del contexto etnográfico de la investigación permite delinear dos puntos decisivos del modelo de Milroy. En primer lugar, la relación marginalidad-solidaridad no se considera exclusiva de estas comunidades sino que se le otorga un carácter más universal. En segundo, los patrones de organización, impuestos por la presión económica sobre las comunidades marginadas, funcionan como mecanismos normativos del comportamiento lingüístico y determinan una norma vernacular bastante estable.

Consecuente con su rigor metodológico, la autora justifica con detalle los instrumentos etnográficos que emplea para conocer las normas que regulan las interacciones cara a cara en estas comunidades. Uno de ellos es el concepto del *orden territorial* que afecta el comportamiento comunicativo en dos niveles: individual y vecinal. En su experiencia, la clara demarcación del vecindario ocasiona una distinción muy débil entre el espacio público y el privado. Los residentes cruzan sin trabas las demarcaciones domésticas y sus espacios físicos individuales son menos amplios porque la percepción del orden territorial incluye un vecindario compartido. Este orden territorial mantiene lazos bastante complejos con el comportamiento lingüístico y desde luego con el fático, como lo evidencian las observaciones sobre la distribución de los silencios, las normas de aproximación física y el uso de los espacios de comunicación. Se observa entonces que también los patrones comunicativos tienen rasgos distintivos que no comparten las clases móviles, cuya territorialidad es más difusa. Al establecer la relación del orden territorial con las normas vernaculares, la propuesta metodológica de Milroy se aleja una vez más del modelo estilístico lineal que ubica la escritura en el mismo nivel de la oralidad. La variación lingüística, en comunidades donde el intercambio social cotidiano aprecia más una cultura solidaria que una letrada, no responde al continuo oral-escrito que ha situado la lectura oral en el extremo de prestigio. Más bien, son las presiones de orden situacional las que modifican el habla con mayor consistencia. Sobre la base de esta observación, Milroy sugiere que para evitar interpretaciones ambiguas se debe separar el estilo conversacional del de la lectura.

El análisis cuantitativo de los datos obtenidos en las tres comunidades se fundamenta en técnicas estadísticas que, por medio del *análisis de la variación*, permiten relacionar las variables sociolingüísticas con un amplio espectro de variables independientes. Al establecer el crite-

rio de selección de estas últimas, la autora asume que los hablantes emplean la variación lingüística para expresar un complejo de diferentes identidades relacionadas con el sexo, la edad y la localidad. Por otro lado, determina las variables sociolingüísticas sobre la base de sus conocimientos sobre el acento inglés de Escocia e Irlanda y de sus estudios sobre la fonología del vernáculo de Belfast que, entre otros factores consideran el de la migración. Todo el conjunto de variables interactúa con la red social que, congruentemente con el modelo, se emplea como herramienta analítica de la variación, sin que se detenga hasta ahí su aprovechamiento, ya que Milroy, para evitar conclusiones que pudieran surgir de producciones poco sistemáticas, va a asegurarse de que sus patrones de variabilidad tengan una significación representativa. Somete así los resultados de la variación a un *análisis de correlación* y obtiene un índice que señala la probabilidad de que las diferencias de habla observadas no sean casuales. De esta manera se van relacionando muy finamente las variables lingüísticas con las no lingüísticas al mismo tiempo que se verifican los efectos significativos de su interacción. Sin embargo, Milroy observa que aún persisten variaciones residuales en un volumen no despreciable. Entonces hace avanzar la profundidad del análisis y extiende el campo de observación a la *variación sistemática individual*, a pesar de que la mayor parte de los estudios sobre la variación no admiten la posibilidad de hacer conciliar el análisis individuo-grupo. Encuentra, sin embargo, ciertas experiencias que le ofrecen elementos teóricos para enfrentar las producciones individuales contra los patrones más sistemáticos de la variación de grupo.

El sexto capítulo da cuenta de los nexos que mantienen los patrones lingüísticos con los individuales de red social. La estrategia de cuantificación que se aplica es la llamada *escala de solidez de la red social* (*network strength scale*). Los indicadores de esta nueva medida deben, por una parte, mostrar la capacidad de la red para mantener un consenso significativo y, por otra, ser recuperables y verificables. La nota (*score*) que recibe la red individual se calcula sobre cinco indicadores de red social: 1) membresía, 2) parentesco, 3) lugar de trabajo, 4) trabajo con compañeros del mismo sexo, y 5) asociación voluntaria en el tiempo libre con compañeros de trabajo y del mismo sexo. La nota se compara con los resultados de la variación lingüística bajo la hipótesis de que un aumento en la cuantificación de las variables lingüísticas individuales guarda relación con un aumento en la cuantificación de la red social individual.

No es la intención de esta reseña mencionar todas las pruebas de correlación aplicadas ni interpretar los resultados, pero sí hacer notar que, al introducir el análisis de la variación individual, la autora aporta un conocimiento que no han ofrecido otros estudios sobre el vernáculo. La perspectiva del comportamiento individual amplía el campo

de observación del estilo vernacular a hablantes de varios grupos de edad. En otras palabras, la multidimensionalidad del análisis ofrece la posibilidad de extender el seguimiento del vernáculo que ha sido atribuido principalmente a pandillas de adolescentes. Milroy logra observar desde sus manifestaciones más estables entre los jóvenes, hasta las formas difusas que aparecen entre los adultos. Introduciendo variables de sexo y localidad pone al descubierto en este estudio la forma sutil en que el vernáculo permea los grupos de gente mayor.

Cierra este libro con una revisión, donde los resultados e interpretaciones que derivan de la categoría de red social se confrontan con los de otros estudios de la variación lingüística, puntualizando al mismo tiempo las implicaciones teóricas que esta categoría tiene para la sociolingüística. En un intento por resumir el planteamiento final de Milroy, se destacan a continuación cuatro premisas de su modelo sociolingüístico.

1) La descripción de la variación lingüística obtiene una direccionalidad más rigurosa al correlacionar el estilo vernacular con la categoría amplia de red social y con otras más reducidas que caracterizan el modelo.

2) El *status*, categoría que se identifica con el binomio lengua-clase, y la solidaridad, que pertenece al principio etnográfico de la red social, son dos fenómenos a diferente nivel de abstracción. Por lo tanto no deben tomarse como enfoques alternativos sino complementarios para acercarse al comportamiento lingüístico de un grupo.

3) La orientación que el concepto de red social imprime al estudio del dato lingüístico favorece más el reconocimiento de las condiciones de la estabilidad lingüística que el de las condiciones del cambio. Mientras una red social de tejido muy cerrado tiene la capacidad de perpetuar el mantenimiento de normas vernaculares, una red de tejido más abierto expone a los hablantes a las presiones de la norma de prestigio pero no asegura el desplazamiento definido hacia el habla estándar.

4) El concepto de red social ha sido empleado por antropólogos sociales en sociedades muy diversas: grupos de obreros en concentraciones urbanas, sectores marginados de América Latina y trabajadores rurales y migrantes en África. Sobre estas experiencias empíricas se postula la universalidad conceptual de esta categoría y su posible aplicación en un marco general.

La lectura de *Language and Social Networks* resulta muy enriquecedora y sugerente para todos aquellos que se sienten atraídos por la complejidad de las realizaciones concretas del sistema de la lengua. No es, sin embargo, y la autora no pretende que así lo sea, ni una propuesta metodológica acabada, ni una reflexión teórica exhaustiva. Quedan aún fuera de su marco otras realizaciones lingüísticas que no se ade-

cuan al pie de la letra a las características de la red social que corresponde a esta experiencia.

Hay dos de ellas sobre la que se suscita una reflexión. Por una parte, la territorialidad puede ser una categoría mucho más difusa entre grupos de migrantes que, por el tipo de sus actividades en ciertas economías urbanas, no comparten un espacio común. No obstante, conservan fuertemente la norma vernacular con la que se identifican. Por otra parte, la solidaridad se postula estrechamente vinculada con las comunidades más pauperizadas pero cabe preguntarse si no aparece con otras características en grupos menos hostilizados económicamente y cuáles serían, en ese caso, sus efectos sobre los patrones sociales y comunicativos. Es gracias a la direccionalidad y rigor de investigaciones como las que presenta este libro que pueden surgir éstos y otros cuestionamientos así como nuevas propuestas para dar cuenta de las realizaciones del habla cotidiana.

DORA PELLICER

TURRENT, Isabel, *La Unión Soviética en América Latina. El caso de la Unidad Popular chilena, 1970-1973*. El Colegio de México, México, 1984, 270 páginas.

Este pormenorizado análisis de las relaciones entre el gobierno del presidente Allende y la URSS en 1970-1973, es uno de los más completos y lúcidos estudios sobre la política exterior soviética con relación a nuestro continente. Después de más de cincuenta años de inestables vínculos gubernamentales y políticos entre ambas partes es raro encontrar estudios efectuados por latinoamericanos de la calidad que logra el de Isabel Turrent.

Un primer aspecto que caracteriza a esta obra es la clara percepción de los cambios observados en la política exterior soviética, los que coincidieron "casi matemáticamente", nos comenta la autora, "con los años de gobierno de Allende" (p. 16). En efecto, junto al escaso interés histórico de la URSS por América Latina, las luchas políticas en la región fueron tradicionalmente mal entendidas por los soviéticos, quienes intentaron infructuosamente clasificarlas en esquemas típicos de otras latitudes. Así, la Revolución mexicana, básicamente agraria, no calzó en los moldes de las transformaciones impulsadas por comités de obreros-soldados-campesinos. Ello llevó a un distanciamiento y desconfianza de aquellos procesos que no se orientaran *à la* bolchevique.

De la misma forma, la política de la Internacional Comunista, que impulsaba una revolución similar a la rusa, debe terminar reconocien-